

ELOY M. CEBRIÁN  
FRANCISCO MENDOZA

*Madrid*  
*1616*

Primera edición: 2015

© Eloy M. Cebrián y Francisco Mendoza, 2015

© Algaida Editores, 2015

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)

ISBN: 978-84-9067-323-2

Depósito legal: SE. 1026-2015

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

## ÍNDICE

PRIMER PRÓLOGO. Madrid, 23 de abril de 1616 .....	11
SEGUNDO PRÓLOGO. Prisión de Alcalá-Meco... ..	15
CAPÍTULO I. Un montoncillo de huesos .....	19
CAPÍTULO II. Las otras memorias de Gonzalo de Córdoba	53
CAPÍTULO III. Las «Cervantas» .....	81
CAPÍTULO IV. Madrid, Villa y Corte .....	111
CAPÍTULO V. El laboratorio de Hernán Pérez .....	139
CAPÍTULO VI. Los trabajos de Miguel de Cervantes .....	169
CAPÍTULO VII. En la academia del conde de Saldaña ....	199
CAPÍTULO VIII. Pactar con el diablo .....	233
CAPÍTULO IX. Buscando al señor Shakespeare .....	267
CAPÍTULO X. La segunda mejor casa de Stratford .....	303
CAPÍTULO XI. Un fantasma llamado Avellaneda .....	341
CAPÍTULO XII. Espadas y cuchillos .....	371
CAPÍTULO XIII. <i>Bibliotheca oxoniensis</i> .....	403
CAPÍTULO XIV. No remuevas el polvo aquí enterrado ...	431
CAPÍTULO XV. Puesto ya un pie en el estribo .....	457
CAPÍTULO XVI. En la cripta .....	485
CAPÍTULO XVII. Cita en el Retiro .....	507
EPÍLOGO. Círculo de Bellas Artes de Madrid... ..	545
TABULA GRATULATORIA .....	551



*Los libros siempre hablan de otros libros, y cada historia  
cuenta una historia que ya se ha contado.*

UMBERTO ECO, *Apostillas a «El nombre de la rosa»*

*Como todos los hombres de la Biblioteca,  
he viajado en mi juventud.*

JORGE LUIS BORGES, *La Biblioteca de Babel*

*Raro es el libro que no corro el riesgo de encontrar,  
y si lo encuentro, no puedo permitirme comprarlo.*

GRANT UDEN

*El mundo entero es un escenario,  
y todos los hombres y mujeres, meros actores.*

WILLIAM SHAKESPEARE, *Como gustéis*

*A menudo pienso que su relación con los libros no es del todo sana.  
Quizás haya sustituido los libros por el sexo y a veces los confunda.*

SUE TOWNSEND, *Los diarios de Adrian Mole*



## PRIMER PRÓLOGO

MADRID, 23 DE ABRIL DE 1616

**M**URIÓ EN ABRIL, DE MADRUGADA, EN UNA DE ESAS HORAS imprecisas entre el día y la noche en que los vínculos entre carne y espíritu parecen aflojarse, esas horas que tan propicias resultan para abandonar este mundo. Gonzalo, que había sido su yerno y su mejor amigo, había ayudado a limpiar su cuerpo y a amortajarlo. Sabía que se trataba de una tarea de mujeres, pero se empeñó en ayudar a despecho de Isabel, su esposa, y de doña Catalina, pues pensó que la lealtad le exigía aquel último gesto de misericordia para quien había sido su segundo padre. Con todo, no le había resultado sencillo. Las úlceras y llagas, la decrepitud, la prolongada permanencia en el lecho habían roído el cuerpo del poeta de tal modo que, cuando aún le restaban algunos días de vida, apenas unas paletadas de tierra lo separaban ya de la condición de cadáver. Y ahora que su aliento se había extinguido por completo, el manto frío de la muerte apenas había obrado cambios en él. En la calavera de su rostro, labios y mejillas se habían hundido por la laxitud de la mandíbula y la ausencia de dientes, y los ojos apenas se atisbaban al fondo de los pozos sombríos de los cuévanos. Para compensar el colapso de los ojos y boca, la

nariz parecía haberse afilado y prolongado, mientras que los huesos de los pómulos amenazaban con taladrar el cuero macilento que los cubría. Las extremidades, consumidas hasta el puro hueso, se hinchaban monstruosamente en las coyunturas. A decir verdad, el brazo izquierdo ni siquiera parecía un brazo, sino apenas un despojo retorcido y sarmentoso. El costillar aparentaba ser una carcasa devorada por algún carroñero, mientras que el vientre se veía inflamado por efecto de la hidropesía. Y también estaba el hedor, una pestilencia que proclamaba que aquel cuerpo ya estaba pudriéndose por dentro cuando todavía conservaba algún hálito de vida. En cierto momento, Gonzalo pensó que iban a fallarle las fuerzas. Pero apretó los ojos y se esforzó por recordar que el despojo que yacía sobre la cama era el mejor de cuantos hombres había conocido. Y así pudo ayudar a las mujeres a frotar el cadáver con jabón y con paños húmedos, a atusarle los mustios bigotes, a peinarle las cuatro hebras grises que restaban de su cabello. Luego lo sostuvo en sus brazos, como a un niño pequeño, mientras su esposa y su hija lo revestían con el sayal de San Francisco, como permitía la caridad de la orden que el poeta había profesado semanas antes de morir. Y acto seguido le cubrían la cabeza con la capucha y rodeaban su cuello con un rosario del que pendía un crucifijo de madera. Entonces Gonzalo volvió a notar ese olor a manzanas que había brotado de la boca del anciano durante los últimos años de su vida, ese olor que, según dicen, preludia sufrimiento y muerte, como en efecto había ocurrido. Por último, mientras ellas lo velaban y lo lloraban y bisbiseaban oraciones, el yerno del poeta procedió a cumplir las últimas instrucciones que él le había dado cuando aún conservaba la voz y la lucidez.

Clareaba el día cuando Gonzalo salía de la casa camino de la iglesia de San Ildefonso, aneja al convento de la Trinidad, donde el viejo poeta había pedido que lo enterraran por la gran



amistad que lo unía a la Orden, y donde todo estaba ya preparado para acoger sus restos. Antes pasó por el taller del carpintero para pedir que se apresuraran con el féretro. Una vez alertadas las monjas y el capellán, visitó casas de amigos y parientes para decirles que esa misma tarde iba a celebrarse el entierro, pues el difunto había dejado dispuesto que se abreviaran los ritos de la muerte en la medida en que el decoro y la costumbre lo permitieran. Al regresar a la calle de Francos, a eso del mediodía, Gonzalo comprobó que la noticia de que el viejo poeta había muerto ya se había extendido por Madrid, como atestiguaba la pequeña multitud que se congregaba a la puerta de su casa. Había gente de las letras y de la farándula, rostros por todos conocidos, pero también muchos vecinos anónimos que habían acudido a presentar sus respetos. Ya en la casa, Gonzalo comprobó que el carpintero había cumplido lo pactado y que el cadáver descansaba dentro del féretro, que había sido dispuesto sobre dos caballetes de madera. Al verlo tendido dentro del ataúd, con las manos cruzadas sobre su mortaja de color ceniza, Gonzalo fue consciente por vez primera del carácter irrevocable de lo ocurrido, y la pena le atenazó la garganta como una mano de hielo. Pero no tuvo tiempo para abandonarse al llanto, porque su esposa y su suegra lo urgían a formar el cortejo y encaminarse a la iglesia. Ambas iban ataviadas con tocas y mantos negros, porque hacía tiempo que habían tomado la precaución de confeccionarse los lutos para este día. Las acompañaba Constanza, la sobrina, también de luto riguroso. Y hasta el niño había sido vestido de negro para no desentonar en el entierro del abuelo. Todo estaba dispuesto para entregar el cuerpo del viejo poeta a la tierra.

Unos vecinos ayudaron a bajar el ataúd por la escueta escalera. Ya en la calle, fueron muchos los hombros que se ofrecieron para transportar la liviana carga hasta la cercana

iglesia de las Trinitarias. Gonzalo reconoció al librero Robles y al impresor De la Cuesta, y a varios literatos de fama y renombre que habían frecuentado al viejo poeta durante los últimos años de su vida en Madrid. Sobraron hombros, de hecho, para tan poco ataúd. Y así arrancó la comitiva, que en el breve trecho que separaba la casa de la calle de Francos de la puerta de la iglesia recibió numerosas incorporaciones, casi tantas como viandantes preguntaban curiosos el nombre del difunto, y al saber de quién se trataba se unían al cortejo porque deseaban despedir a quien tanto solaz y tanta risa les había procurado en vida. Cuando llegaron a la iglesia, con los que allí esperaban, debían de sumar casi el medio millar. Y muchos lloraban y se lamentaban, aunque Gonzalo no los conocía ni creía que el poeta los hubiera conocido tampoco.

Entraron en la iglesia seguidos por un río de gente que se derramó por la planta del pequeño templo hasta cubrirla por completo. Gonzalo se giró hacia las puertas abiertas y comprobó que muchos se habían quedado en la calle. Entonces le pareció reconocer el rostro de un hombre embozado que había dejado caer brevemente la capa para poder santiguarse. ¿No era ese...? Pero el hombre desapareció de repente y Gonzalo se dijo que no era posible, que debía de haberse confundido. Así pues, se giró hacia el capellán, que se disponía a dar comienzo a la misa, tomó la mano de su esposa y apoyó la otra mano sobre el hombro de su pequeño hijo.

*Introibo ad altare Dei*, cantó el sacerdote.

*Ad Deum qui laetificat inventutem meam*, respondieron los congregados, a coro.

Y las gargantas eran tan numerosas que Gonzalo pensó que sus voces debían de estar oyéndose por toda la ciudad.

De este modo despidió Madrid a su poeta Miguel de Cervantes.

## SEGUNDO PRÓLOGO

### PRISIÓN DE ALCALÁ-MECO ALCALÁ DE HENARES, 2012

**L**A APODARON LA *Wii*, PERO LO CIERTO ES QUE NINGUNA de las internas del módulo de mujeres de Alcalá-Meco sabía cuál era su auténtico nombre. Lo que todas comprendieron desde el principio fue que la mujer alta no era como ellas. Vestía como ellas, comía lo mismo que ellas y dormía en una celda que compartía con otras dos reclusas, sin privilegios ni distinciones. Pero incluso vestida con ropa deportiva saltaba a la vista que era una señora, y como prueba bastaba con verla lucir el chándal con la misma elegancia que una princesa luciría un traje de noche. Al principio les daba hasta un poco de miedo acercársele. Pensaban que con aquella percha que tenía debía de ser la novia de algún capo de la droga. O peor, la mujer de un político a la que habían trincado por algún asunto de esos de corrupción. Y con gente así no se juega, porque hasta en la cárcel están protegidas. Pronto, sin embargo, se dieron cuenta de que la *Wii* se comportaba con amabilidad y sencillez con todo el mundo, y comenzaron a cobrar confianza.

El apodo se lo pusieron al principio, cuando alguien le preguntó cómo se llamaba, y ella, muy enigmática, les respondió

que podían llamarla Wiborada, un nombre tan raro que ninguna de las internas fue capaz de aprendérselo, y eso que en el módulo de mujeres de Alcalá-Meco no escaseaban precisamente los nombres exóticos. Alguien tuvo entonces la idea de llamarla *Wii*, como la consola de videojuegos. Y con ese nombre se quedó.

Se notaba que era culta. Leía y escribía mejor que las maestras de la prisión. Y sabía idiomas, porque hablaba en portugués con María Aparecida, la brasileña, y en ruso con el grupo de ucranianas, que eran media docena y que se habían mantenido apartadas de todas las demás hasta que la *Wii* se dirigió a ellas en su lengua. Les ayudaba a descifrar los escritos de sus abogados, que parecían hechos a propósito para confundirlas y sacarles más dinero, y también los papeles que llegaban del juzgado sobre cuestiones de permisos y tercer grado. Hasta les echaba una mano para escribirles a sus novios y maridos, y le salían unas cartas largas y preciosas que a ninguna de las internas se les hubieran ocurrido por sí solas. Sin embargo, había algo extraño en la *Wii*, algo que daba un poco de miedo y les hacía a todas pensárselo dos veces antes de faltarle al respeto o incluso de tomarse familiaridades innecesarias. Marisleysis, la dominicana, le exigió con amenazas que le diera unas gafas de sol muy elegantes que llevaba, y ella se las entregó sin rechistar, lo que a las demás les supuso una pequeña decepción. Sin embargo, al día siguiente encontraron a Marisleysis en las duchas con la cara como un santo Cristo y el brazo derecho roto por dos sitios. Dijo que se había resbalado y ahí acabó la cosa. Pero la *Wii* volvía a tener sus gafas, y ya nadie se atrevió a replicarle.

La *Wii* debía de ser extranjera. Hablaba el castellano a la perfección, mucho mejor que cualquiera de las españolas o sudamericanas del módulo, pero se le notaba un leve deje que

nadie fue capaz de identificar. Quizás su condición de extranjera fuera el motivo por el que nunca recibía visitas. En cuanto al delito por el que la habían trincado, todo eran conjeturas. Unas decían que la habían pillado con un alijo de farlopa enorme. Otras, que había sido un asunto de terrorismo. Incluso corrió el rumor de que se había tirado a un alto funcionario de la OTAN para robarle secretos militares, y que la habían detenido justo cuando iba a vendérselos a los iraníes. Solamente estaban de acuerdo en que lo suyo lo instruía la Audiencia Nacional, por lo que no debía de ser moco de pavo. Pero la pura verdad es que nadie sabía nada a ciencia cierta sobre aquella mujer, solamente que parecía recomendable dejarla en paz con sus secretos, por lo que pudiera pasar.

La *Wii* se fugó de la manera más tonta. El plan fue tan sencillo que luego muchas se dieron de bofetadas por que no se les hubiera ocurrido a ellas. Era sábado, había visitas y, como siempre ocurría en esos días, las funcionarias estaban algo desbordadas. Soraya, la gitana, tenía autorizados los vis a vis por buena conducta, y ese día se presentaron a verla cuatro de sus hermanas. Justo cuando se iban, una de ellas, la más alta y garbosa, pidió entrar al servicio, porque estaba embarazada y no se aguantaba más. El caso es que la *Wii* debía de estar por allí cerca, al quite. La hermana de la Soraya salió del baño enseguida y nadie notó nada. Luego las cuatro salieron en fila india. Pero tan pronto como estuvieron fuera del recinto de la prisión, la hermana embarazada echó a correr como un gamo y nadie la volvió a ver. Es decir, a la que no volvieron a ver fue a la misteriosa reclusa que apodaban la *Wii*, por mucho que la Guardia Civil y la Policía se apresuraran a montar dispositivos de búsqueda y controles en carreteras, estaciones y aeropuertos. A la hermana de la Soraya la encontraron en el baño en bragas y sujetador. Estaba amorda-

zada y la habían maniatado escrupulosamente con cinta americana.

A aquella extraña mujer que dijo llamarse Wiborada y que todas conocían como la *Wii*, sin embargo, se la había tragado la tierra.

## CAPÍTULO I

### UN MONTONCILLO DE HUESOS

**E**RASMO LÓPEZ DE MENDOZA, PROFESOR UNIVERSITARIO jubilado y bibliófilo en activo, miraba la televisión. Aquello de estar sentado delante del aparato era algo tan ajeno a su idiosincrasia que no podía evitar sentirse incómodo, como si estuviese cometiendo un acto vergonzoso u obsceno, y más siendo aquel un martes cualquiera entre semana y teniendo a Gladys en casa atareada con sus tareas domésticas y sus operaciones de avituallamiento. Sin embargo, Erasmo podía invocar un motivo sólido que le había llevado a presionar el botón de encendido del aparato (al mando a distancia se le habían deteriorado las pilas por falta de uso). Un rato antes, mientras se desayunaba con las noticias de la radio, habían anunciado que el equipo de antropólogos y forenses que buscaba los restos de Cervantes en el convento de las Trinitarias había convocado una rueda de prensa. Al parecer, iban a realizar un anuncio importante sobre la búsqueda, y él aún se sentía lo bastante involucrado en enigmas cervantinos como para no perderse lo que pudieran anunciar. De hecho, Erasmo pensaba que muy bien podía jactarse de ser el campeón de las pesquisas en torno a Cervantes desde que, cuatro años antes,

su exalumna Pilar Esparza y él se habían embarcado en aquella extraña aventura cuyo fruto había sido el hallazgo del manuscrito autógrafo de la primera parte del *Quijote*.

Aquella había sido una aventura apasionante, aunque no exenta de peligros. Para recordarlo, le bastaba con intentar palparse el lóbulo de la oreja izquierda, gesto que todavía realizaba a veces de un modo inconsciente, aunque solo para encontrar que trataba de tocar el aire. La parte inferior de la oreja había sido arrancada por un proyectil que una cazadora a sueldo había disparado contra él en la sede complutense de la Biblioteca Nacional, cuando Pilar y él se disponían a realizar el hallazgo más asombroso de la historia de la bibliofilia y la investigación textual (por lo que Erasmo sabía, las tablas en las que Yahvé pirografió los Diez Mandamientos todavía estaban en paradero desconocido). Al final todo acabó bien, o casi. Es cierto que el precioso manuscrito cervantino había aparecido, pero solo para desaparecer pocas semanas después en la cámara acorazada de la Biblioteca Nacional, que por esos azares del destino había resultado ser su legítima propietaria sin necesidad de gastar en él un solo céntimo, con lo que Erasmo se había quedado sin manuscrito que acariciar y sin unos cuantos fajos de billetes con los que poder hacer lo propio. En cuanto a los malos, la cazadora de libros conocida como *Prometeo* (a quien Erasmo seguía llamando Dolores en sus arrebatos de nostalgia) había acabado presa sin fianza en Alcalá-Meco, aunque finalmente su cautiverio se prolongó mucho menos que el de Cervantes en Argel. Dolores-*Prometeo* había aprovechado un día de visita y el despiste de alguna funcionaria negligente para desaparecer del mapa cuando aún no se había señalado siquiera fecha para su juicio, cuyo sumario incluía una docena de delitos graves cometidos en España, por no mencionar las varias órdenes de búsqueda y captura cursadas a través de la



Interpol y la Europol: delitos contra la propiedad y contra el patrimonio cultural y artístico, tráfico de arte, estafa, suplantación de personalidad, falsedad documental, coacciones y violencia contra las personas en distintos grados.

La fuga de *Prometeo* había sumido a Erasmo y a Pilar en la inquietud. La joven profesora había sido la responsable de que la cazadora abandonara la sede alcalaína de la Biblioteca Nacional en una UVI móvil, tras haber estado a punto de morir aplastada entre dos anaqueles deslizantes de una estantería compacta. Era razonable pensar que *Prometeo* buscara algún tipo de venganza por las lesiones sufridas y por el fracaso de su plan, y así lo debió de pensar también la policía, puesto que pusieron a Erasmo y a Pilar bajo escolta durante algunas semanas. Pero pronto se tuvo constancia de que la prófuga había logrado abandonar el país con documentación falsa y volado hasta Colombia, donde se había extraviado su pista. De este modo tanto Erasmo como Pilar fueron recuperando paulatinamente la calma perdida. No contribuyó a ello, sin embargo, el hecho de que los jueces no se atrevieran a actuar contra Víctor Klemperer, empresario de altos vuelos, bibliópata y auténtico instigador de todas las dificultades que habían sufrido durante la búsqueda del manuscrito cervantino. Pese a las denuncias de Erasmo y de Pilar, la policía no pudo encontrar pruebas contra él ni contra ninguno de sus cómplices, incluyendo al librero Maestre y al granuja de su ayudante, el del apodo infame. De hecho, la investigación cayó rápidamente en una atonía con la que probablemente tuvo mucho que ver la inmensa fortuna de Klemperer y sus influencias en las altas esferas. Pero aquello había ocurrido varios años antes. Además, los sentimientos de rabia e impotencia de Erasmo se habían evaporado pronto al verse convertido en una celebridad de la noche a la mañana.

Aquellos fueron meses emocionantes. Hubo entrevistas, conferencias y agasajos sin fin. Y la posibilidad de disfrutar de la compañía de Pilar casi a diario, pues él nunca ocultó la participación y los méritos de la muchacha en el éxito final de la empresa. Es más, tal y como habían pactado, fue Pilar la que acometió la edición del manuscrito de Gonzalo de Córdoba, ese mapa cuyos trozos dispersos los habían llevado finalmente hasta el emplazamiento del tesoro. Primero se publicó la edición anotada para estudiosos, y después la edición para el público en general, que sorprendentemente se había convertido en el libro más vendido en las Navidades del 2012. Fueron muchos miles los lectores que encontraron solaz en la narración de Gonzalo de Córdoba sobre sus aventuras con Miguel de Cervantes en el Madrid de comienzos del siglo XVII, en la infinidad de dificultades que ambos tuvieron que superar hasta que la novela de *El ingenioso hidalgo*, como Gonzalo se refería siempre al *Quijote*, pudo ver la luz tras las tinieblas. Pilar había ganado dinero y sobre todo, prestigio, una notoriedad que le abrió de par en par las puertas de la universidad, donde ahora enseñaba Literatura Española del Siglo de Oro, precisamente la asignatura que Erasmo impartía cuando su camino y el de Pilar se cruzaron por primera vez. Erasmo se alegraba sinceramente de todo aquello. Lo único que de tanto en cuanto le provocaba cierto escozor era el haberle regalado el manuscrito de Gonzalo, una joya cuya venta muy bien podría haberle permitido ampliar su colección de libros antiguos con algunas piezas de singular rareza. Tal vez por ello, porque estaba segura de que antes o después Erasmo especularía con la crónica de Gonzalo, Pilar había aceptado el regalo, que le había prometido conservar, y que ahora descansaba en la caja de seguridad de un banco. Así pues, tanto el manuscrito de Gonzalo como el manuscrito de Cervantes habían terminado su andadura en sendas cajas metálicas, lejos del al-

cance de Erasmo, allá donde nunca podrían ser objeto de las caricias de un auténtico enamorado como él. Lo único que lo consolaba era que al menos estaban a resguardo de las impuras manos de otros bibliófilos.

Pero una buena ración de fama prepóstuma siempre puede rentabilizarse, como Erasmo descubriría pronto. Y de este modo, mientras el foco de la celebridad brillaba sobre él, había conseguido hacerse con unos ahorrillos gracias a las numerosas entidades e instituciones que acudieron a él para que dictara conferencias y para que participara en eventos relacionados con la cultura, o al menos con lo que políticos y *gestores culturales* (horrible sintagma) entendían por tal. De hecho, su asombro creció al descubrir que podía pedir el doble o el triple de lo que le ofrecían en un principio y aun así lo contrataban sin rechistar. Fueron tantos los auditorios y salones de actos que recorrió que al final estos empezaron a mezclarse y confundirse unos con otros, y llegó un momento en que ya no sabía si se encontraba en Dos Hermanas, en Barcelona o en Logroño, porque toda la variada geografía de España se transformó para él en un único auditorio infinito. Llegó incluso a participar en una mesa redonda junto a un vehemente fulano que afirmaba que Cervantes había escrito el *Quijote* en catalán, una idea que se le antojó tan extravagante que por un momento pensó que se trataba de un programa de cámara oculta. Y como por entonces ya empezaban las cábalas sobre el paradero de los huesos de Cervantes, temió que en cualquier momento alguien aparecería para anunciar que estos acababan de ser hallados en alguna sima de Atapuerca.

A lo que siempre se negó fue a prestar su imagen para un programa de telebasura, y como no estaba seguro de que algún programa no lo fuera, rechazó tajantemente todas las ofertas de entrevistas televisivas, por sustanciosas que estas le parecieran. Aun así, lo daba todo por bien empleado, pues gracias a esta fuen-

te de ingresos ahora honraba sus estanterías el único ejemplar conocido de la *Selva de aventuras* de Jerónimo Contreras (Alcalá de Henares, Sebastián Martínez, 1576), sin duda el mismo ejemplar cuya portada reproduciese Francisco Vindel en su *Manual gráfico-descriptivo del bibliófilo hispano-americano*. Y también el ejemplar único en vitela de una bula impresa en Toledo por Álvaro de Castro en 1490, autenticado con la firma autógrafa de fray Hernando de Talavera, confesor de la reina Isabel la Católica y luego primer arzobispo de Granada. Y, por encima de todo, un bifolio de la celeberrima Biblia impresa en Maguncia por Gutenberg hacia 1454-1455, a la que se conocía en el mundillo de la bibliofilia como la B42, que sonaba a nombre de bombardeo pero constituía, de hecho, un tesoro cuya posesión no convenía pregonar, pues era más que probable que hubiera acabado en sus manos por derroteros no estrictamente legales. *Peccata minuta* en comparación con el puro éxtasis de poseer semejante joya.

